

La estética social, Falange y el SEU

Este artículo quiere reunir un conjunto de notas y textos que ayuden a explicar la convivencia de *algunos* nombres en *alguna* prensa más allá de la conjunción de factores prácticos y azares previsibles. Aunque apenas he de ocuparme aquí de su trabajo, ¿qué explica el puñado de excelentes artículos de crítica literaria (sobre autores catalanes) que Juan Ferrater publica en los primeros cincuenta en una revista editada por el Sindicato Español Universitario (SEU)? O bien, más interesante aún, ¿cómo se explica la coincidencia en algunos de sus postulados de trabajos de José María Castellet (que comparte las mismas circunstancias de Ferrater) con otros de Marcelo Arroita-Jáuregui, cuando los tres son personajes de trayectorias tan disímiles como uno de los mejores críticos catalanes de la postguerra, el *mestre* oficial de las letras catalanas y el futuro comentarista de cine en *Film ideal* y leal colaborador para una España subacuática y seguramente mágica en *Arriba*? Las mismas preguntas pueden repetirse para la convivencia de Juan Emilio Aragonés y Alfonso Sastre y, en abstracto, a propósito de la confluencia de la revitalización extrema –por próxima a la extrema unción– del falangismo y una estética de futuro predicamento como la social y crítica.

Con carácter muy ocasional colaboró Castellet en la revista oficial del SEU arriba aludida, *Alcalá*. Un completo número de *Homenaje a Cataluña* incluía un trabajo suyo sobre Salvador Espriu, pero lo relevante en su caso es la influencia que ejercieron sus trabajos sobre quien estaba a cargo de la crítica literaria regular en *Alcalá*, Marcelo Arroita-Jáuregui. No deja de asombrar el silencio sobre él de Martínez Cachero, el crítico que más abiertamente ha reivindicado la matriz seuísta para los narradores del cincuenta, o la del mismo Óscar Barrero, que ha desautorizado frontalmente la oportunidad del neorrealismo y hubiese podido obtener algún argumento adicional sobre su *reaccionarismo estético* de esa rara afinidad¹. De haberlo hecho uno y otro, las contradicciones de la revista resultarían aún más llamativas, en la medida en que el apoyo a Aldecoa,

¹ Cf. J.M. Martínez Cachero [1985: 177-178] y Óscar Barrero [1991] y, en particular, [1993].

tan evidente en *Juventud* y *La hora*, se mantiene en las páginas de *Alcalá* junto al que merecen los primeros títulos de Juan Goytisolo, las primeras novelas de Carmen Martín Gaité y, por supuesto, la teoría literaria de Castellet como promesa rudimentaria de una futura sociología de la literatura y, en el fondo, de un nuevo realismo.

Marcelo Arroita-Jáuregui estuvo muy vinculado al grupo de *Proel*² y de ahí arranca su vertiente poética, de la que alguna muestra publicaría Cantalapiedra en Santander y la misma *Alcalá*. Formó parte también de la revista *La Tertulia*, órgano literario de la Asociación Cultural Iberoamericana, que dirigían Rafael Gutiérrez Girardot y Carlos Robles Piquer en 1952, y era una rama del originario Instituto Cultural Iberoamericano que también había nutrido de colaboradores la revista *Alférez*³. En sus actividades se encontraron también Valente y Caballero Bonald. Pero tampoco su poesía⁴ ha suscitado el interés posterior, a pesar de estar «omnipresente en todas estas revistas estudiantiles de poesía» —escribe Fanny Rubio [1976: 160] a propósito de *Aldebarán*—.

En distintas ocasiones expresaría la afinidad de criterios que le unía a Castellet y es posible ver en él al responsable de la reproducción en *Alcalá* (23-24, 10-I-1953) de uno de los mejores trabajos del crítico catalán. Sus pioneras «Notas sobre la situación del escritor en España», que aparecieron en *Laye* primero, no formaban parte de la serie que dedicaba entonces a las técnicas modernas de la novela —materiales para *La hora del lector* y atentamente leídos por Marcelo Arroita—, pero sí lo incluiría en su más brioso e interesante ensayo, *Notas sobre literatura española contemporánea*⁵. Arroita-Jáuregui iría siguiendo puntualmente estas entregas, tanto en *Laye* como en *Revista* o *Ateneo* y sería oyente de alguna conferencia de Castellet en Madrid, según él mismo registra⁶.

Dos extensos artículos de Arroita parecen muy directamente estimulados por la valentía un tanto *bronca* del trabajo de Castellet, un tono

² Apenas hay referencia a la obra poética de Arroita en Rodríguez Puértolas, *Literatura fascista española* [1986] y no lo menciona Víctor García de la Concha [1987]. Pueden recorrerse con la ayuda del índice onomástico las páginas en que Fanny Rubio registra la publicación de sus poemas en *Las revistas poéticas españolas* [1976] y su participación en *Proel*. Véase ahora A. García Cantalapiedra, *Desde el borde de la memoria*, [1991: passim].

³ Cf. Fanny Rubio [1976: 137-138] y José Luis Rubio [1989: 137-138].

⁴ Cf. *El hombre es triste*, Santander, *Proel*, 1951, Tratado de la pena, Santander, Cantalapiedra, 1958 y también traductor de *Tocqueville o*, en 1961, de Orestre Macrì, *Proceso contra el hermetismo*, para *La Isla de los Ratones*, de Santander.

⁵ Cf. *Laye*, 20 (agosto-sept., 1952), pp. 10-17, que reproduce en el novedoso capítulo «Notas de sociología literaria» de sus *Notas sobre literatura española contemporánea*, Barcelona, Ed. Laye, 1955 subrayando la vigencia en 1955 de lo dicho en 1952, p. 17.

⁶ Cf. por ejemplo, su reseña sobre *El fondo del problema*, de Graham Greene, en que recoge observaciones de Aranguren, Mario Benedetti y Castellet, éste último a propósito de las «técnicas cinematográficas» de los novelistas americanos; *Alcalá*, 37-44 (agosto-oct., 1953), [p. 27].

retador y juvenil que Arroita debió sentir –y estaba– muy cercano al de la prensa seuísta más despierta. Parece encontrar en Castellet una voz autorizada para sostener un criterio básico del equipo inicial de *Alcalá*: la reordenación de las jerarquías culturales y la superación de los compromisos y pactos extraliterarios en que se ha sostenido la crítica literaria en los años cuarenta. Lo que equivale, a su vez, a exigir el compromiso de una crítica menos complaciente con la literatura banal, desfasada e irresponsablemente ahistórica. No peca de muy original la entradilla que justifica la reimpresión en *Alcalá* de las «Notas sobre la situación del escritor español». Sí transmite, sin embargo, la satisfacción por el hallazgo de una voz que refleja algo de la ansiedad romántica por la verdad y la autenticidad, tan característica de la prensa universitaria desde *Cisneros* o *Alerta* hasta la misma *Acento*. El trabajo de Castellet es el ejemplo mejor –asegura Arroita– de «crítica literaria auténtica, sin compadros ni amistades, algo que cada día es más infrecuente y más raro entre nosotros»⁷.

En la página siguiente de ese mismo número, Arroita tomará los premios nacionales de ese año 1952 –el de poesía para *Tus rosas frente al espejo*, de José María Alonso Gamó o el de novela para *De pantalón largo*, de José Antonio Giménez-Arnau– como pretextos para una evaluación general del estado de las letras del país. El artículo que titula «Consagración de una literatura sin problema» afecta tanto a la literatura crítica como a la de creación⁸. Por lo que hace a la primera, el fundamental reparo es su optimismo, la marcada tendencia a enjuiciar favorablemente productos con méritos objetivos lejanos a los elogios que concitan. En esta línea, el final del trabajo alude a una «confusión literaria» a la que promete dedicar un futuro artículo. *Alcalá* reservó esa segunda entrega para el grueso número 32-36, en un ensayo que parece también acicateado por la virulencia expresiva y la contundencia argumental de Castellet. Arroita no ahorra el calificativo de anárquica para la cultura española contemporánea, después de recoger algún testimonio –esta vez de José Ángel Valente, crítico de *Índice* por entonces– a propósito del heroísmo que exige el ejercicio honesto de la crítica, única vía posible para deshacer el estado de confusión y ancha «mediocridad áurea» que afecta a la cultura española⁹.

Pero el trabajo de Arroita que de veras apunta al centro del problema no tiene que ver tanto con los rudimentos de una sociología literaria como con las consecuencias nocivas del respaldo oficial a una literatura

⁷ Cf. *Alcalá*, 23-24 (10-enero, 1953), [pp. 8-9].

⁸ Cf. Marcelo Arroita, «Consagración de una literatura sin problema», *Alcalá*, 23-24 (10-enero, 1953), [p. 11].

⁹ Cf. Marcelo Arroita, «Sobre la confusión», *Alcalá*, 32-36 (mayo-julio, 1953), [p. 11].

extemporánea. La restauración de la *historicidad* de la literatura es meta clara de las arengas de Castellet y la comparte Marcelo Arroita. Acusa desde su mismo título, ya citado, «Consagración de una literatura sin problema» una voluntad de réplica al avance del Opus Dei, aludido también cuando ansía una crítica cultural que no tolere «ingerencias extrañas a la finalidad de su propia labor, y mucho menos, amenazas, sean del tipo que sean»¹⁰. Por lo pronto, la protesta se funda en la inactualidad de la literatura contemporánea y la marginalidad pública de los pocos títulos que sí se ocupan de ella: *La colmena*, por ejemplo.

El fondo del asunto lo expone el propio Arroita y no debería disgustar a Castellet, que aparece allí citado a propósito de las condiciones técnicas de la actualidad de un escritor: «Yo no quisiera traer un fenómeno cultural a la esfera de lo político. Pero no voy a tener más remedio que hacerlo». Evalúa así no sólo el carácter literario de aquellas obras sino su incapacidad para involucrarse en la historia contemporánea. Les une un rasgo común:

se trata de literatura sin problema. Sin problemas estrictamente literarios puede ser que no. Sin problemas de otro tipo, sin problemas vivos, sin problemas del tiempo que corre, claro está que sí. Me atrevería a decir que los tres libros están escritos fuera del tiempo que corre, que es tanto como decir que fuera de cualquier tiempo (...) Los tres libros no tienen absolutamente nada que ver con la España de 1952¹¹.

Un poco más adelante justifica la ausencia de interés en la asintonía con lo que es el proyecto de una compleja primera persona del plural sobre la que habré de volver: «Los tres libros poco tienen que ver con todos nosotros, los españoles que hoy nos afanamos por hacer posible nuestra convivencia sobre bases firmes»¹². La huella de una lectura provechosa de las cosas de Castellet comparte su rastro con las fórmulas de un falangismo evolucionado y reconciliador, típico de los primeros años de Ruiz-Giménez. Y téngase en cuenta, para subrayar esta afinidad, su enojada réplica a una «crónica de guerra» de Víctor de la Serna, a la que censura «por intempestiva y por anacrónica. Una vieja retórica, inadecuada para la Europa que vivimos, para el tiempo en que vivimos, para la paz por la que los cristianos debemos orar», mensaje que acata más aún tras la lectura de algunas páginas del padre Llanos¹³. La única cita que aduce a lo largo del texto es –otra vez– de Castellet, pero además

¹⁰ M. Arroita, «Sobre la confusión», art. cit.

¹¹ Marcelo Arroita-Jáuregui, «Consagración de una literatura sin problema», art. cit.

¹² Ibidem.

¹³ Cf. Alcalá, 76 (sept.-1955).